

El gran quehacer de Las Cámaras

24-Agosto-1988.-



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Dos exgobernadores dirigirán a las fracciones parlamentarias priístas en la difícil LIV Legistalura, primera de la nueva época política del país, en que la oposición crecerá en relevancia. Uno de Nayarit, Emilio M. González Parra, será el presidente de la Gran Comisión del Senado; y uno de Puebla, Guillermo Jiménez Morales, tendrá esa función entre los diputados.

González Parra nació el 23 de mayo de 1913, en Ixtlán del Río, Nayarit. Esta es la tercera vez que llega al Senado de la República; y cuatro veces fue diputado federal. Desde muchacho se inició en la actividad sindical, en su calidad de telegrafista en la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, a

la que ingresó en 1929. Dirigente en su gremio, ya en 1938 empezó a ser líder de la federación nayarita de la CTM, con lo que resulta uno de los jefes obreros de mayor antigüedad ininterrumpida. En 1978 fue designado secretario de acción política de la CTM. Más de una vez don Jesús Reyes Heróles, quien influyó para que fuera gobernador en Nayarit, dijo que sería el sucesor indicado de Fidel Velázquez, aunque González considera una herejía hablar sobre el particular.

Llegó por primera vez a la Cámara de Diputados en 1940, a la muy polémica primera legislatura de Avila Camacho, la 38a. Luego, en 1945, fue diputado local y en 1958 ingresó por primera vez al senado, junto con don Esteban Baca Calderón, precursor revolucionario en la huelga de Cananea en 1906. Volvió a ser diputado en 1967, y de nuevo senador tres años después, al lado del coronel Rogelio Flores Curiel, quien le ganó la disputa por la gubernatura. González debió contentarse con la diputación en 1979, pero en 1982 pudo al fin arribar a la gubernatura en que lo reemplazó, contra su parecer, Celso Delgado.

Jiménez Morales, por su parte, ha sido diputado ya dos veces en las legislaturas número 49 y 51.

Nació en Huauchinango, a cuyo décimo distrito representó entonces, el 25 de junio de 1935. Ha hecho sobre todo una carrera partidaria, como secretario general del comité directivo del PRI en el DF y luego como presidente del comité poblano y más tarde del capitalino. En 1981 fue elegido gobernador de Puebla y aun antes de concluir su mandato se le designó presidente del PRI capitalino. Sin dejar ese cargo, fue candidato a diputado en el vigésimo cuarto distrito de la ciudad de México, al que se le confirió especial importancia por ser el de la residencia del candidato presidencial priísta Carlos Salinas.

Fue de los primeros en recibir su constancia de mayoría, en la sesión inicial de la CFE para ese menester, el 21 de julio. El que su caso pasara sin discusión —menos de 100, de 300, estarían privilegiados por esa circunstancia— le pavimentó el camino para que ser escogido como coordinador de sus compañeros priístas en la Cámara de Diputados. Laboriosísimo como es, empezó de inmediato sus tareas, reuniéndose con Pablo Gómez, que inicialmente estaba indicado como coordinador parlamentario del Partido Mexicano Socialista, pero que ante la posibilidad de un grupo parlamentario común con los otros partidos del Frente Democrático Nacional, por lo pronto junto con Jesús Ortega forma parte del comité de coordinación parlamentaria de esas agrupaciones.

Si bien la presencia muy numerosa de la oposición representará para Jiménez Morales un permanente desafío —al que podrá hacer frente con la capacidad negociadora de que dio muestra en su gubernatura— González no tendrá un reto menor, pues aunque sus compañeros son sesenta, y sólo habrá

cuatro de la oposición, ésta actuará de modo irreductible, y dispondrá en su favor además de una mayor experiencia en cuestiones internacionales que casi todos los demás senadores. Por lo pronto, en el Colegio Electoral, los presuntos miembros de la Cámara llamada Alta tendrán que dirimir cuestiones árduas, como la de Morelos.

El panorama electoral de Morelos muestra una paradoja, entre las muchas que produjo la jornada del seis de julio: allí perdieron el candidato presidencial priísta y dos de los candidatos a diputados, y ganaron sin embargo los candidatos a senadores, evidenciados por su falta de arraigo e impopularidad, aun —y especialmente— dentro de las filas priístas. El resultado se debió a que la oposición se presentó dividida, y a que acaso fue recomendado un especial esmero en hacer salir triunfante la fórmula senatorial, aunque ello supusiera descuidar la victoria del aspirante del PRI a la Presidencia.

Después de Michoacán, donde arrasó, el segundo estado donde Cuauhtémoc Cárdenas ganó su mayor porcentaje fue Morelos. Mientras que en la entidad que gobernó llegó al 64.16 por ciento, en la tierra de Zapata, Cárdenas obtuvo el 57.65 por ciento, lo que en números absolutos significó 160,379, más que los de todos sus adversarios juntos, pues Carlos Salinas recibió 93,869; Manuel J. Clouthier 20,669; Gumersindo Magaña 1,854; y Rosario Ibarra 1,407. En cuanto a las diputaciones, los partidos del Frente Democrático Nacional totalizaron 115,514 votos, contra 96,622 del PRI, que perdió los distritos primero y tercero, con cabecera en Cuernavaca y Yautepec.

En ese resultado debe haber influido el descontento priísta por la postulación de los candidatos a senadores Hugo Domenzáin y Jesús Rodríguez y Rodríguez. Cuando se formalizó su lanzamiento, miembros notables del partido gubernamental expresaron su desaliento, entre ellos exlegisladores y el exgobernador Felipe Rivera Crespo. No dijo nada, pero tampoco debe haber quedado conforme con la decisión, el exalcalde de la capital morelense, Juan Salgado, quien para ser elegible (aspiraba a entrar al Senado o a volver a la Cámara de Diputados, en que ya había participado) renunció a la presidencia municipal de Cuernavaca y se quedó en el desempleo. Como él, muchos miembros de la clase política morelense se ofendieron por el hecho de que la entidad fuera escogida para el aterrizaje de dos paracaidistas, que no tenían vínculo alguno con la tierra de Zapata.

Es comprensible la necesidad política de dar acomodo a Domenzáin, puesto que es dirigente de la Federación de Trabajadores al Servicio del Estado, uno de los brazos fuertes de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares. Por el sistema de "posiciones", esa central necesitaba ser servida con una senaduría, y las dos del DF (pues Domenzáin es capitalino) estaban ya comprometidas. Pero se entiende menos la urgencia de haber completado el panorama, ya enrarecido con la presencia del líder burócrata, haciendo también candidato a otro extraño a la política morelense, pero cuya carta de recomendación era su cercanía al Presidente de la República.

Como se ha dicho repetidamente, Rodríguez y Rodríguez permaneció toda su vida ajeno a la política en sentido estricto. Fue un funcionario financiero, vinculado la mayor parte del tiempo a don Antonio Ortiz Mena, así en el Seguro Social como en la Secretaría de Hacienda y el Banco Interamericano de Desarrollo. Antes de concluir su vida pública decidió aprovechar su vinculación con el presidente De la Madrid para hacer carrera política: fue designado presidente de la Federación de Abogados al Servicio del Estado y aspiró a la gubernatura de Coahuila y también a la de Morelos. Ambas se le fueron y como premio de consolación recibió la candidatura al Senado, que sacó adelante en circunstancias, digamos, peculiares.